

## PADRE

Habían transcurrido cuatro días y todavía suponía un esfuerzo enorme salir de la cama. Claro que tuvo que levantarse desde el primer momento, porque no le permitió quedarse hasta estar recuperada. Como siempre, sus sentimientos no eran importantes. Si le dolía algo, si se encontraba mal o estaba indispuesta, eso no hacía variar en nada su existencia y sus obligaciones.

Entró en el baño para ducharse y al quitarse el pijama para entrar en la bañera, repasó otra vez todo su cuerpo reflejada en el espejo. Los golpes de la cara se iban volviendo más amarillentos, pero los de las costillas y los muslos todavía estaban muy morados y producían un dolor intenso cuando los rozaba con las manos. Realmente le dolían incluso con el movimiento. Dejó que el agua caliente corriera desde su frente por todo el rostro y el resto de su cuerpo. Pretendía que la corriente arrastrase todo el sufrimiento que acumulaba en su interior.

Secarse era una toda una prueba de valor porque pasar la toalla por sus pechos amoratados, por muy delicadamente que tratase de hacerlo, no impedía que el latigazo de dolor llegase hasta su espalda.

Mientras se vestía y aplicaba por la cara el maquillaje que escondía en un cajón de su cuarto, escuchó el despertador de Diego. En pocos minutos, su hermano llamaba a la puerta preguntando se había acabado que se hacía mucho pis.

Salió y preparó el desayuno de los dos. Mientras se calentaba la leche en el microondas, hizo las camas y recogió la ropa sucia de su hermano que siempre dejaba tirada sobre la alfombra de su habitación. Jugando un día, le había dicho que le pondría multas si volvía a hacerlo. Hoy recogería él la cocina después de comer y antes de que llegase su padre a casa. Se tomó el vaso de Cola Cao y preparó el sándwich que Diego se llevaba al instituto. Ella solo se llevaría una manzana.

Dio una vuelta rápida por la casa para dejar las persianas subidas y cogiendo el dinero que su padre dejó en la mesa la noche anterior, salieron directos a la parada del autobús.

Diego estaba muy parlanchín esa mañana pero ella no escuchaba nada de lo que iba contando. Era algo de un video juego. A ella no le iban mucho esas cosas y además tenía la cabeza llena de otras mucho más importantes. Hoy cuando volviera de clase tenía que pasar a comprar al supermercado y recoger un traje de la tienda donde dejaban lo que había que coser. Luego tenía que estudiar para una prueba que simulaba los exámenes de la selectividad. Era muy importante porque les ayudaba a enfrentarse mejor a las pruebas después y tenía intención de hacerlo bien, así que prepararía unos espaguetis para comer al día siguiente. Algo que no le quitase mucho tiempo. Para cenar, había dejado descongelando unos filetes de merluza que se hacían justo en el momento de cenar o se quedaban secos. Mentalmente iba repasando todas las tareas que diariamente estaba obligada a realizar en casa, simultáneas a los estudios. Su padre nunca permitiría que bajasen sus notas por tener que llevar la casa. Como decía siempre, “una mujer puede hacer dos cosas a la vez y aunque tengas diecisiete años, ya eres una adulta. Puedes con esto y mucho más”.

Le vino a la mente el día que nació Diego y lo mucho que lloraba su madre. Su abuela, la madre de su padre, estaba en casa con ellos y no entendía las lágrimas de su nuera. Ella entonces tampoco, pero ahora, pasados once años y conociendo la historia, comprendía por qué su madre estaba tan triste mientras miraba el rostro de su hijo recién nacido. El embarazo y el parto le costarían la vida. Al cabo de diez meses, de la mano de su padre y vestida de negro riguroso con solo siete años, se aterrorizó viendo como la tierra cubría el ataúd donde su madre dormiría para siempre.

Recordaba las miradas de sus ojos cuando le decía que sentía mucho dejarla sola. Su madre conocía de antemano la vida que iba a llevar. Había luchado con todas sus fuerzas para no volver a quedarse embarazada pero sus intentos habían sido inútiles. Él quería un hijo y ninguna enfermedad podía ser incompatible con un embarazo. Las mujeres y su biología estaban hechas para tener bebés y además ya nadie se moría de parto. Ella no murió de parto pero sí que pagó muy caro el antojo de su marido.

Durante un tiempo, su abuela se quedó con ellos en casa. Ella era una niña y Diego un bebé. Pero al cabo de un par de años empezó a hablar casi constantemente de volverse al pueblo y aunque su hijo le apremiaba a no hacerlo, el día de su décimo cumpleaños, recogió la maleta con sus cosas y se marchó diciendo “ya no me necesitas, ahora tienes una mujercita en casa”.

Desde ese momento, recayeron sobre ella todas las tareas de la casa. Limpiar, cocinar, cuidar de Diego, poner la lavadora....su abuela, le había ido enseñando durante los tres años que estuvo en casa al morir su madre. En el verano, cuando las ventanas estaban abiertas, escuchaba a los niños de los vecinos jugar en la calle y miraba entre los visillos como se divertían saltando a la comba o jugando al fútbol. Diego y ella solo podían salir cuando su padre estaba en casa y lo hacían con él. Algunas tardes, si hacía calor, los llevaba a comer un helado y a pasear por la calle, o a montar en los columpios del parque. La pequeña mujercita como decía su abuela,

no solo aprendió a llevar la casa. También aprendió demasiado pronto que un hombre puede tener otras necesidades que cubrir, aunque fuesen con su propia hija.

Ahora, siete años después, convertida en una adolescente, podía salir la tarde de los viernes y los domingos, mintiendo con la excusa de que iba al cine. Sus amigas del instituto y ella, corrían por el metro para llegar a las discotecas del centro y aprovechar las horas de libertad de las que podía disfrutar. Salía de casa siempre discretamente vestida, pero en casa de Laura tenía preparada unas minifaldas, tops y algo de maquillaje que había comprado con lo que podía sacar del dinero de la compra. Se arreglaba el pelo, se cambiaba los pendientes y se pintaba los labios de rojo.

Aquella noche su padre le había dejado llegar más tarde porque era el cumpleaños de una amiga y su toque de queda eran las doce. Sin embargo, la diversión, la música y sobre todo Tanía, la preciosa joven que había conocido y con la que pasó hablando y dándose piquitos gran parte de la noche, habían hecho volar al reloj y cuando metió la llave en la puerta de su casa eran casi las dos de la mañana.

Con la emoción de una mágica noche, había olvidado completamente cambiarse de ropa y quitarse la pintura de los ojos y labios. Al entrar sin hacer ruido, pensó que siendo tan tarde estaría ya dormido y no se enteraría. Llegaría rápido al dormitorio y se metería en la cama en un vuelo. Pero su padre estaba sentado en el salón con un cigarrillo en la mano y esperando en silencio la llegada de su hija.

Nunca recordaría exactamente cuándo y por dónde llegó el primer guantazo que la tiró contra la puerta del pasillo. Golpe sobre golpe, su padre ciego de furia, le insultaba sin parar llamándola zorra, puta, buscona y mil calificativos más. Le echó en cara la hora de llegada, la ropa, el color de sus labios. Le preguntó con cuantos chicos se había acostado ese día o a cuántos les había dejado meter sus manos por entre las bragas.

Otras veces le había pegado, pero nunca como ese día. Olió su ropa al desgarrarla para buscar restos de tabaco, colonia masculina o de cualquier cosa.

Diego se levantó de la cama al oír el escándalo, suplicándole que la dejase de pegar, pero él le mandó de nuevo a la cama no sin antes reprocharle que no había ningún motivo para defender a su hermana. Se había comportado como una puta y tenía que enderezarla. Él también podía aprender algo de esa noche, las mujeres eran todas unas brujas. Había que tener mano dura con ellas o se volverían como su hermana. Una fulana que dejaba que los chicos le metieran mano.

Cansado ya de maltratarla, se fue a la cama dejándola tirada en el suelo. Como pudo, llegó hasta el baño y limpió su sangre de las cejas y los labios con una toalla. Calmó el llanto a base de beber agua y se metió en la cama.

Y cuando por fin estaba cerrando los ojos, llegó él. Como casi todas las noches desde que tenía uso de razón. Levantó las sábanas y se tumbó junto a ella, provocando que notase su erección clavándose en sus riñones. “Hoy, me vas a hacer lo mismo que les haces a tus amigos. Esos con los que sales vestida de puta”.

Dolorida por dentro y por fuera, obligada por la mano de su propio padre que le empujaba la cabeza, le chupó la polla hasta que se corrió en su boca. Las manos del hombre que le dio la vida, apretaban sus pechos hasta hacerle saltar las lágrimas y un dedo se introducía dentro de ella de forma violenta. No es solo que llevase años abusando de ella, es que encima le gustaba hacerla sufrir, como si sentir el peso de su cuerpo encima de ella desde que era una niña, no fuera suficiente.

Al día siguiente, Diego se levantó temprano y le dijo que se quedase quieta ahí, que él haría el desayuno para los tres. Su padre todavía dormía y no tenía por qué enterarse. Ese día pudo quedarse un poco más en la cama. Su hermano, horrorizado por la vida que llevaban, le susurró al oído que un día no muy lejano se escaparían de allí para siempre, que huirían juntos de la casa, antes de que llegase el día en que la matase a golpes.

Miró sus profundos ojos marrones, iguales que los de su madre y vio la esperanza en ellos. Sonrió a su hermano sinceramente mientras acariciaba su linda carita de niño. La suave piel de su rostro le encantaba. No era dura como la de su padre, cubierta por una barba áspera que le llenaba la espalda de arañazos. Quería creer de verdad que podrían escapar juntos y vivir lejos de ese monstruo. Pero era imposible. Ella, cumpliría la mayoría de edad en pocos meses. Nadie le podía exigir que se quedase allí aguantando malas palabras, exigencias y violaciones. Pero se preguntaba qué sería de Diego si ella no estuviese con él. Solo tenía once años y no se le podía llevar. Sería un delito. Un secuestro. La bestia que era su padre la mataría por ello.

Casi arrastrándose, se levantó de la cama y se sentó en la cocina a tomar el desayuno, cuando le oyeron como entraba en el baño. Su momento de intimidad fraterna se terminó. Ahora él marcaría los horarios, las preferencias y las tareas. Preguntó por una camisa que le apetecía ponerse para ir a misa y Diego dijo que él se la planchaba, que le apetecía hacerlo.

“¿Sabes planchar?” preguntó mirando el rostro del chiquillo que se iba escondiendo detrás de su hermana con la palidez en la cara que produce el miedo. “No” contestó él. “Entonces, ¿por qué has dicho que me la planchabas tú? Por ayudarla” dijo el niño. “Tu hermana no necesita ayuda, está perfectamente. Además ya te he dicho otras veces que mientras yo viva en esta casa, los hombres no tenemos ninguna obligación con las tareas domésticas. Eso es cosa de mujeres. ¿Eres una mujer Diego? No papa, no lo soy. Pues entonces ve a buscar algo que hacer que ella tiene tareas y deja de esconderte como un bebé detrás de tu hermana que no voy a hacerte nada.”

Todo eso recordaba cuando iba en el autobús con su hermano. Ahora, llegados a la parada del instituto, le dio la mano para cruzar la calle y notó como Diego apretaba más fuerte que otras veces. Al mirarse vio que una lágrima inundaba el ojo de su hermano. Sacó un pañuelo de su mochila y le limpió los ojos. “No llores ¿vale?, todo se va a arreglar y volveremos a estar bien”. Diego le habló como nunca lo había hecho. “No quiero que vuelva a pegarte. Porque eres la única persona a la que quiero, ¿lo sabes verdad? Sí cariño, lo sé. Yo también te quiero a ti y siempre vamos a estar juntos”.

El niño levantó los brazos para abrazarla. La besó suavemente en la mejilla y salió corriendo camino del grupo de amigos que le estaban esperando. Pero antes de entrar por la puerta del centro, giró su rostro y le dijo adiós con la mano.

Como todos los días desde el sábado, llevaba el móvil en la mano esperando el primer mensaje de Tania. Le había pedido volver a verse ese fin de semana, pero ella sabía que todavía estaría llena de magulladuras así que le mintió con una excusa familiar y así quedar una semana más tarde. Pero sus charlas de WhatsApp y sus llamadas de teléfono las iban uniando un poco más cada día. Luego llegarían los exámenes y estarían un tiempo sin verse, pero ya había algo muy fuerte entre las dos. Tania era una liberación. Diego era otra. Su amor era la forma que tenía para escapar de su vida. De su terrible vida.